

# El principio de la temporada teatral en Madrid

**S**ANTIAGO Moncada es ese autor que siempre ha habido en España: unas veces se ha llamado Adolfo Torrado, otras Ruiz Iriarte, o Alfonso Paso, o Alonso Millán; todos vienen de la línea Benavente-Casón, todos quieren enseñar deleitando, todos gozan durante un tiempo del favor de la burguesía. A Santiago Moncada le ha correspondido abrir este año la temporada teatral con su obra "Vivamos hoy", de la que dice, de forma característica, que "intenta reflejar en forma divertida lo que realmente es dramático: las absurdas condiciones económicas en que nos vemos obligados a vivir. Matrimonio, amistad, trabajo..., todo se ve presionado por las incomodidades actuales, por la prisa, por los errores burocráticos, por la política, por la ambición". Su estreno casi es simultáneo con el de otra obra suya, "Salvar a los delfines", en el Infanta Isabel. Que tiene una nostalgia dentro: la reaparición de Amparo Rivelles. Amparo es de dinastía teatral ilustre: hija de Rafael Rivelles y de María Fernanda Ladrón de Guevara, se educó teatralmente en lo que entonces se llamaba "alta comedia" —personas de la aristocracia y la burguesía alta, decorados de salones, trajes largos con profusión—, también la escuela benaventina, y en la de Torrado y Navarro. Un día, hace muchos años, se fue a Cuba, luego a Méjico, y siguió allí una carrera fastuosa dentro del género, derivado ya hacia el folletín, en el teatro y en la televisión. Amparo iba a presentarse en Madrid con una obra de Antonio Gala, "Petra Regalada", que no andaba demasiado lejos del folletín, pero con la calidad del poeta, pero entre ella

y Arturo Serrano, empresario del Infanta Isabel, decidieron que no era para su público: Petra es, ¡ay!, una prostituta. ¿Qué iban a decir las damas de la calle del Barquillo y las nostálgicas de Amparo Rivelles...? Se prefirió algo más estable: la obra de Moncada. Mientras la que escribió Gala —que tiene además un problema, el de una longitud que no permite las funciones de

hace quizá veinte, veinticinco años. Un melodrama fuerte. Lo interpreta Conchita Velasco: otra reaparición, después de un parto. El teatro de la gran derecha —lo inventado hasta ahora de la pequeña derecha, de la burguesía media y conformista— corresponde a Eloy Herrera, que llenó de nostalgia franquista el Arlequín con "Un cero y a la izquierda" y ahora

estrena "Jueces en la noche" en el teatro Lara. Buero advierte siempre, y lo hace esta vez, que no habla de sus obras hasta después de estrenadas. Ni quieren que hablen de ella quienes la ensayan. Es una costumbre. El interés de esta obra es que es —si creemos las infiltraciones— la primera obra directamente política de su autor después de la democracia. Además del



Nuria Espert.



José Luis Gómez.



Amparo Rivelles.



Fernán-Gómez.



Enrique Llovet.



Buero Vallejo.



Antonio Gala.



Eloy Herrera.

tarde y noche— oscila ahora entre dos protagonistas con menos apuros morales: Nati Mistral y María Asquerino. Nati Mistral está ahora en Buenos Aires, donde va a estrenar en marzo una versión de ópera de "Bodas de sangre", de Lorca. No parece próximo el estreno de Gala, si es ella quien se encarga de esto.

Se atropellan los estrenos de los primeros días de la temporada. Otra nostalgia: "Filomena Maturano". Es una obra italiana —Edoardo de Filippo— que se vio aquí

vuelve a reclutar al mismo público con "Que Dios os lo demande": "Dos horas de risa para una comedia muy seria", y una fórmula agresiva y dura de publicidad: "Aviso: esta obra, por su temática y diálogos, puede herir a los sinvergüenzas". Ya saben ustedes quiénes son los sinvergüenzas: viejos y nuevos demócratas, gente que no respeta la memoria de Franco...

La izquierda llega más tarde. Como siempre. La izquierda es la eterna izquierda de Antonio Buero Vallejo, que

interés que tiene siempre un estreno de Antonio Buero Vallejo.

También en la izquierda se sitúa el estreno de "Tartufo", de Llovet-Marsillach-Molière, en el teatro Príncipe, hacia la misma fecha en que Buero estrene en el Lara (aproximadamente, el día 20). "Tartufo" fue un escándalo hace diez años: si Molière, con poca audacia, había retratado en la corte el arquetipo del hipócrita, que detrás del moralismo y el puritanismo hacía una gran carrera de trepador, Llovet lo trasladó al



José María Prada y Adolfo Marsillach, en el primer "Tartufo", de Molière-Llovet.

Opus Dei. Como en aquel momento sobrevino en España un Gobierno con numerosísimos asociados al Opus, "Tartufo" tuvo alguna persusión: la más grave, que se le prohibió viajar a provincias. El "Tartufo" de ahora es nuevo. Es "el mismo de siempre" —dicen—, pero es otro. Es el centrista. Llovet y Marsillach dicen que de ninguna manera han querido retratar a Adolfo Suárez, ni a nadie en concreto, sino, repiten, al "centrista", entendiendo por centrista no al que lo es realmente, sino al nuevo hipócrita. "Purísimo demócrata de mierda, sigue pegado a la televisión: No hay nada que temer —repite siempre, siempre— que aquí estoy yo, aquí estoy yo", cantan a coro los personajes de "Tartufo".

Hacia finales de septiembre, quizá a principios de octubre, vendrán al teatro María Guerrero —nacional— los representantes de un teatro que se llama justamente Libre: el "Llura" de Barcelona, con un repertorio amplio. Han creado un estilo, han levantado polémicas: hay nacionalistas que les reprochan ser poco nacionalistas —estrenan pocos autores catalanes—; sin embargo, actúan en catalán. Quizá las

tres semanas de teatro en catalán que se proponen hacer en Madrid sean suficientes para un público que no frecuenta esa lengua. La apertura propia del María Guerrero, después de prestar así tan justamente su escenario, se producirá hacia noviembre, con una versión de las obras moristas de Cervantes —"Los baños de Argel", "Los tratos de Argel", "La Gran Sultana"— en una trabajosísima adaptación que hace Francisco Nieva, con música y canciones de Tomás Marco. Después, la directora del Centro, Nuria Espert, dará un espectáculo que prepara desde hace mucho tiempo: "Doña Rosita la soltera", de Lorca. Y dicen que se cerrará la temporada con una compañía extranjera, que podía ser la del polaco Kantor, con una de las grandes obras maestras del teatro europeo actual, "La clase muerta". El otro teatro nacional, el Bellas Artes, del que se encarga José Luis Gómez, empezará a principios de noviembre con "Los veraneantes", de Gorki, que comienza ahora a ensayar uno de los directores más sabios en cuestión de actores: el argentino Gandolfo. Después de "Las bragas", de Carl Sternheim, dará "El yermo de las almas", de

Valle-Inclán. Fue la primera obra de teatro del autor revivido, tomada de uno de sus cuentos. Se estrenó en malas condiciones cuando fue escrita, la hizo después, en Barcelona, Margarita Xirgu; la dio muchos años después Fernando Fernán-Gómez en unas representaciones restringidas en el Instituto Italiano de Cultura —Fernán-Gómez hizo una campaña, entonces, meritísima, pero obligatoriamente cerrada—; todo ello hace que esta obra, donde aparece un cierto feminismo, una defensa de las condiciones de la mujer en la sociedad burguesa —y no por primera vez, porque ya Galdós había iniciado el tema con "Electra", entre otras obras—, tenga todavía muchos valores.

De Fernán-Gómez se sabe que, además de su dirección e interpretación de "El alcalde de Zalamea", puede estrenar este año "Las bicicletas son para el verano", de la que es autor y por la que le fue concedido el Premio Lope de Vega. Pero todo esto pertenece al misterio del teatro Español. El teatro, como se sabe, se quemó. Las obras se han terminado ahora: las han sufragado el Ayuntamiento y el Ministerio de Cultura, que lo programaba y dirigía cuando

se produjo el incendio. Se vivía en otros tiempos. Ahora, el Ayuntamiento tiene una dirección socialista-comunista y el Ministerio de Cultura está de lleno en UCD. El pleito no se ha producido: el Ayuntamiento, que con el teatro Español y el Centro Cultural de la Villa de Madrid podría presentar un frente teatral importante —tanto o más que el del Ministerio con sus dos teatros del Centro Dramático— no quiere meterse de lleno en el teatro. Quizá sea lo mejor que pueda hacer, a juzgar por cómo tiene de abandonado el Centro y por los deleznable espectáculos al aire libre que ha dado este verano. Se ha formado una comisión mixta: parece que su propósito es estrenar los cuatro premios Lope de Vega pendientes —con las bases de estreno obligatorio incumplidas—, quizá alguna cosa más. Se había hablado de que para arrancar la temporada cedería el escenario al Búho, para que dieran "De San Pascual a San Gil", de Domingo Miras, que tuvo un éxito de estima en el Carlos III de El Escorial (cerrado ahora por sus propietarios después de una cuidadosa labor de reconstrucción, pero parece que alquilado por el Ministerio de Cultura, aunque no se sepa todavía con qué propósito), pero no está confirmado. Hasta ahora, el Español ni tiene director ni compañía. Para abrirlo en octubre parece todo demasiado tardío.

Entre las incógnitas pendientes están qué se hará de "Historia de un caballo", obra soviética montada por Manuel Collado, con José María Roderer y María José Alfonso: probablemente se estrene en Valencia, mientras se hacen aquí las obras de adaptación del teatro Maravillas, dañado por una bomba, con el que se ha quedado Collado en régimen de alquiler para un largo plazo. Tampoco se sabe qué se va a hacer de un nuevo teatro, el Espronceda 34, montado y dirigido por Manzaneque. El Barceló se transforma en discoteca, el Eslava es una especie de restaurante con espectáculo al estilo de la "belle époque". ■